

Chile. Estrategia mirista de 1967: la vía armada

CARLOS SANDOVAL AMBIADO :: 17/08/2005

Al nacer el MIR hizo un diagnóstico crítico de la Izquierda chilena, en él se señalaron tres grandes problemas, que la afectaban: programa y estrategia, métodos de lucha y, la construcción del Partido Revolucionario

Después de dos años de vida, en opinión de los no tradicionales, la dirigencia de la organización se mostraba incapaz de resolver aquellas dificultades.

En este cuadro, se inició el largo camino de estructurar al MIR como un Partido Político Revolucionario. En esta tarea tendría un rol protagónico la prensa partidaria y, así se hizo notar desde un principio.

Los "no tradicionales" se hicieron de la dirección del periódico, para declarar que: "El Rebelde no es un periódico imparcial. Estamos decididamente ubicados en la trinchera de los obreros y campesinos revolucionarios, de los pobres del campo y la ciudad'. Con estas frases reapareció el tabloide mirista, bajo la dirección de Bautista van Schowen, en septiembre de 1968.

A propósito de las elecciones programadas para 1969 (parlamentarias) y 1970 (presidenciales) el MIR planteó su más absoluta desconfianza en el camino electoral diciendo "...no presentaremos candidato alguno ni tampoco apoyaremos a nadie...".

Esa sería la impronta política, que le pesaría años más tarde, del mirismo. Sin embargo, no puede desconocerse que tuvieron una política electoral, aunque ésta hubiese sido rechazando este tipo trabajo político.

Para llegar a esta conclusión, hicieron un largo recorrido de experiencias y discusiones internas; en él consideraron tanto hechos internacionales como nacionales.

El análisis hecho por la dirigencia del MIR, es necesario ubicarlo en el contexto latinoamericano: fuertes y sucesivas experiencias guerrilleras se daban en América del Sur, contagiadas con el triunfo revolucionario del Movimiento 26 de Julio en Cuba.

Perú (en donde estuvo Miguel Enríquez entrevistando al comandante guerrillero de la Puente), Bolivia (de donde se tenían difusas noticias del Ejército de Liberación Nacional) y Uruguay (con la guerrilla urbana de los Tupamaros) eran escenarios de lucha armada, en contra de los gobiernos burgueses.

Lo mismo ocurría en Colombia con el M 19 y las Fuerzas Armadas Revolucionarias, en Venezuela con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y, en Brasil con el Ejército de Liberación Nacional (cuyo líder era Carlos Marighella) y otros grupos (VAR Palmares y MR 8).

El respaldo teórico a la estrategia mirista, lo encontramos en dos documentos rescatados

parcialmente . Uno se denomina 'Tesis político militares', el otro "Sólo una Revolución entre nosotros nos puede llevar a una revolución en Chile".

El primero contiene ideas referidas al quehacer político en Chile; el segundo, al tipo de militante que se requería para la revolución.

A lo anterior se agrega una interesante entrevista, publicada por la prensa, al Secretario General de esta organización.

En la reflexión mirista se vio al Partido Comunista sosteniendo que, en Chile existía una burguesía progresista; y como tal ésta presentaba contradicciones con el Imperialismo.

Aquella realidad exigiría cumplir varias tareas democráticas, previas a la revolución socialista. Ello hacía suponer, a los comunistas, la presencia de resabios feudalista en el país.

Esto implicaba un programa político que comprendía etapas en el quehacer de los marxistas chilenos.

El camino propuesto, desde hacía décadas, era el trabajo electoral y una política de alianzas que atrajera a las representaciones políticas de aquella burguesía, supuestamente, progresista.

En las tesis del 67, el MIR planteó su rechazo al camino pacífico hacia el socialismo y a la teoría de la revolución por etapas.

La caracterización hecha por los miristas, de la sociedad chilena, dijo que existía un capitalismo atrasado y dependiente; y una burguesía chilena funcional (porque asumía el papel de socia) a los intereses imperialistas.

De consiguiente no presentaba contradicciones y menos tendría interés de implementar tareas democráticas (como rescatar las riquezas básicas de manos extranjeras) en alianza con los Partidos Políticos de izquierda.

Plantearon los miristas, que era erróneo pasar por una fase democrático burguesa, bajo la conducción de la burguesía industrial, antes que el proletariado tomara el poder.

Ello llevaba sólo a la colaboración de clase y desarmaba políticamente a los explotados.

La opinión del documento, fue que la única clase social en condiciones de llevar adelante las tareas democráticas pendientes, era el proletariado; orientado bajo una perspectiva socialista y, conduciendo a las demás capas "menores" de la sociedad.

Por lo anterior, estimaron imperiosa la necesidad de redefinir la posición frente al problema de la lucha armada, toda vez que dieron por descartado como ya se dijo el camino pacífico (léase electoral).

Ellos plantearon "...es más importante, hoy que nunca, poder definir la línea general que seguirá nuestra acción y el desarrollo de nuestra organización. Nosotros debemos

reactualizar nuestras tesis anteriores de manera de establecer una correlación concreta entre nuestras abstracciones estratégicas y nuestra práctica revolucionaria cotidiana. La lucha y la utilización de la violencia no constituyen hoy día uno de los caminos posibles sino el único, para destruir el régimen semicolonial de vergüenza y de miseria que es el nuestro".

Esta lucha armada la concibieron como una guerra revolucionaria, larga e irregular que significaba "...la apertura de algunos primeros focos armados que poco a poco crearán las condiciones revolucionarias llamadas "objetivas", es decir que ellas permitirán progresivamente ganar a la población para integrarla a la lucha armada. Así se constituirá el ejército revolucionario, en pleno régimen burgués, y así podremos nosotros conquistar el poder político."

La forma de esa guerra revolucionaria sería la guerrilla, por tanto afirmaron la "...dispersión de fuerzas prevalecerá sobre la concentración, incluso si tácticamente ellas debieran reagruparse para atacar objetivos determinados."

La concepción mirista de la guerrilla presentó algunos matices, que la alejaban del foquismo (muy en boga en Latinoamérica después del triunfo de la Revolución Cubana). Introdujo el criterio de guerrilla urbano rural, sin perjuicio de otorgar carácter estratégico, a las acciones que se desarrollarían en el campo.

Allí se crearía el Ejército Popular, en los sectores rurales se anclaría el embrión del "doble poder" o poder dual, antagónico al poder burgués, porque ofrecía, social y geográficamente, mayor seguridad para la actividad armada del contingente revolucionario.

Si la historia sirve, es para observar y aprender de las experiencias sociales, políticas, bélicas y económicas; tanto en los éxitos como en los fracasos.

Respecto de la lucha armada de carácter guerrillero rural, saltan a los ojos del observador más derrotas que triunfos. Esto es algo indesmentible, de lo contrario los intentos, desde 1968 a hoy, se habrían consolidado y otro discurso se habría tenido.

Las causas pueden ser muchas: la escasa densidad demográfica en el campo, el atraso ideológico de la masa campesina, el desarrollo industrial que aglutina a un mayor contingente de explotados, la enorme distancia entre "las selvas" y las concentraciones urbanas (la ciudad más cercana de la única "selva" que tenemos está a unos 200 kms.)

El problema de la lucha armada, al menos en lo teórico, habría quedado resuelto y, por el camino señalado, transitaron algunos experimentos guerrilleros.

Abundando en la estrategia elaborada, Miguel Enríquez se refirió conversando con Manuel Cabieses el año 68 a temas candentes del momento. Hablaron sobre el terrorismo, las diferencias que separaban al MIR del resto de la izquierda, la lucha armada bajo un régimen democrático representativo, la relación entre elecciones y vía armada, y el cuestionamiento que se hacía desde el resto de la izquierda a la guerra de guerrillas.

En el primer tema, los miristas no rechazaron la práctica del terrorismo porque era "...una arma susceptible de usarse en el combate social...". Sin embargo, consideraron que debía

subordinarse a una política revolucionaria y, ser congruente con el estado de la lucha de clase.

Dicho de otro modo, el terrorismo para el MIR era un problema político y no ético, toda vez que un acto de ese tipo era "...repudiable según sea la política que sirva...". Esta posición no fue un maquiavelismo desenfrenado del dirigente, su pensamiento entrañaba la realidad mundial; además era una forma de desenmascarar la hipocresía de la izquierda en su crítica.

Así se desprende de sus palabras: "...nadie se escandaliza, y por el contrario todo el mundo aplaude, las acciones terroristas del FLN sudvietnamés contra la embajada de Estados Unidos en Saigón...".

A pesar de la argumentación anterior y aceptando que los actos terroristas del momento tenían una orientación política correcta, los rechazó porque "...el método no corresponde a la etapa que vive el movimiento revolucionario en Chile".

En el mismo sentido explicó, que el cuestionamiento a la vía violenta venía de sectores políticos y sociales funcionales a una institucionalidad, diseñada por la clase dominante, para mantenerse como tal.

Ese era un punto; el otro, que la base social de los partidos incluyendo los de izquierda se encontraba en las clases medias urbanas. Ellas aceptaban y presionaban políticamente, para mantener la institucionalidad democrática, porque eran las que más profitaban del andamiaje político.

Se desprende de la entrevista, que la crítica al violentismo "ultraizquierdista" encerraba un alto grado de cinismo, porque en los años sesentas y desde antes las expresiones armadas eran el sustrato normal de la vida política latinoamericana. De otra manera, no se explicarían los sucesivos golpes militares.

Según Enríquez, en aquel marco, Chile no era la excepción. El gobierno freísta usaba con más frecuencia la violencia; el uso de la fuerza policial contra trabajadores, estudiantes y campesinos se hacía cotidiano y, la derecha con desenfado utilizaba grupos armados ilegales. Frente a todo esto, los explotados iban comprendiendo que el camino legal, era cada vez más estrecho; de consiguiente se volcaban, más a menudo, a vías extra institucionales.

En resumen, la institucionalidad democrática era cuestionada fuertemente desde ambos lados de la sociedad: por dominantes y dominados, por ricos y pobres, por privilegiados y marginados.

De las palabras del dirigente se desprende que, junto al juego democrático formal, se desarrollaba un sentimiento subterráneo entre obreros e intelectuales.

Ese sentimiento los impulsaba a buscar nuevos caminos, que llevaran a modelos políticos y orgánicos diferentes a los conocidos. Esa sería la única forma de dar inicio a los cambios políticos y sociales que el país requería.

Frente a las elecciones que se aproximaban, el alto dirigente, las rechazó por no ser un camino de éxito. Su opinión la sostuvo en cuatro razones: era dar batallas políticas en un campo diseñado por el enemigo; significaba consumirse orgánica y políticamente en un escenario infructuoso y fracasado; implicaba domesticar a las masas, creándoles falsas ilusiones al sujetar sus aspiraciones a la emergencia de una ley y; encerraba el peligro de afirmar la institucionalidad vigente.

La impugnación no era sólo un problema de principios. La crisis económica que azotaba a Chile con sus secuelas de inflación, cesantía, bajos sueldos, carencia de viviendas, hambre, enfermedades etc. no eran un dato político técnico para los trabajadores; al contrario, para ellos era un asunto de vida. Esta situación, agregada a la frustración por los fracasos en el camino legal, operaba de modo tal que se iniciaba la configuración de una nueva conciencia política, expresada en una permanente radicalización que cuestionaba los métodos y objetivos de la lucha política tradicional.

Por otro lado siguiendo con la lógica de Enríquez los partidos de izquierda tomaban un camino inverso al del movimiento de masas; ellos preparaban el escenario electoral, llegaban a acuerdos con el gobierno (el PC dio su aprobación al reajuste salarial impulsado por la DC, el que era cuestionado por los trabajadores), se alejaban del radicalismo típico en períodos no electorales y se cargaban a la derecha.

Esta contradicción derechización de la izquierda y radicalización de la masa el FRAP intentaba resolverla atrayendo al pueblo hacia el proceso electoral. Esta situación sería resuelta parcialmente: las masas votarían pero carentes de fe; ya no tendrían el estado de ánimo del año 64. Ahora votarían simplemente por un gobierno que les hiciera menos daño que el anterior; más aún, esperarían sólo leves reformas que aliviaran la caótica situación nacional.

A la conclusión que llegó este dirigente mirista con sus reflexiones era que el fracaso demócratacristiano, la ineficacia del FRAP para constituirse en alternativa y la frustración de las masas, creaban un campo propicio para el desarrollo del MIR.

El cuestionamiento al uso de la violencia, se hizo tomando en cuenta el fracaso de la guerrilla en Ñancahuazú y la muerte del CHE en la sierra boliviana.

Enríquez sostuvo que serían atendibles esas críticas si ellas desmentían, válidamente tres premisas fundamentales, que sostenían la propuesta de guerrilla rural. Esos tres nódulos teóricos eran "...la necesidad política de la lucha por el poder; la lucha armada como vía para la conquista del poder y la correlación de fuerzas entre el movimiento revolucionario y el imperialismo y la burguesía...".

Ninguno de los argumentos esgrimidos socavaban la argumentación citada, por eso tenía plena validez, conservaba su vigencia la guerrilla rural. Sin embargo no la como fórmula mágica, que funcionara al margen de las condiciones históricas y sociales.

La lucha armada en el campo como estrategia, debía considerar varios elementos o factores.

El primero de ellos se refería a la necesidad de contar con "...una organización política

previa que permita realizar un trabajo ideológico que homogenice un pensamiento coherente...". Dicho de otra forma, la guerra revolucionaria exigía la creación de un Partido Revolucionario. La necesidad de una organización de este tipo, se debía a que Chile contaba con años de vida política muy desarrollada, una izquierda tradicional poderosa, un elevado nivel de organización y conciencia de las masas, de lo cual se desprendía "...la importancia (que tomará) antes y durante el proceso revolucionario, las ideas políticas claramente expresadas, la propaganda y la agitación...".

Ese partido, que Miguel anunció, debía crear vínculos estrechos con los explotados, única forma de influir en las decisiones de las grandes masas.

Lo anterior no era suficiente, la lucha armada debía darse en concierto con las características propias de la situación política chilena y, congruente con lo que estaba sucediendo en el resto de Latinoamérica.

Por último esa hipotética guerra de guerrilla, que en lo estratégico se realizaría en el campo, no excluía en lo táctico, el desarrollo de la lucha armada en ciudades.

En mayo de 1969, año de la fractura definitiva con la oposición interna (trotskistas y otros militantes que darían origen al MR2 y la VOP) salió a circulación interna el segundo documento; con él se procuró resolver el problema del tipo de militante y el Partido que se necesitaba.

Para entonces, se estableció que "...tareas fundamentales de un partido de vanguardia son la preparación de sus cuadros, la penetración en los frentes de masas considerados como estratégicos, la agitación callejera, la propaganda y las tareas especiales...".

El diseño realizado por Miguel Enríquez el año anterior, exigía una condición *sinne qua non*, la más férrea disciplina interna:

"Hoy día y especialmente mañana, para una organización que pasa a la acción o que esta en guerra un cierto número de cosas deben ser modificadas. Si los objetivos son los mismos las prioridades y los métodos son diferentes. El volumen relativo de tareas "especiales" deben aumentar enormemente. Las "tareas especiales" deben dejar de ser privativas de un sector de la organización para transformarse en el problema de la mayor parte del Movimiento. Las cuestiones políticas estarán estrictamente ligadas a las tareas especiales. Los cuadros "especiales" deberán ser políticos y los políticos pasarán frecuentemente por lo "especial". De la integración de lo político y de lo militar se hará una realidad.

No habrá más espacio para tendencias demasiado divergentes. La organización deberá adquirir una relativa homogeneidad política: solo los matices y los desacuerdos menores podrán subsistir. Luego de la discusión la minoría deberá someterse a la mayoría y la disciplina deberá ser reforzada. Sin violar en lo esencial los principios de la democracia interna y del centralismo se pedirá a la militancia acordar una mayor delegación de poderes en las estructuras intermedias y superiores. Estas deberán adquirir una mayor autonomía.

Los militantes deberán aceptar las reglas de una rigurosa clandestinidad. El tipo de militante que ingresará al MIR debe ser diferente que antes. Los aficionados deberán

abandonar la organización. No será suficiente respetar pasivamente los horarios de reuniones. No se ingresará ni se hará abandono del partido de cualquier forma. La entrega de sí mismo deberá ser total. la organización decidirá si un militante debe o no trabajar o estudiar, o donde habitar etc.

Es la única manera de constituir una organización sólida, disciplinada, eficaz, capaz de discutir menos y de operar en plena clandestinidad. Es esta organización la que realizará acciones e iniciará la guerra de clases en Chile."

() Texto del Autor Carlos Sandoval Ambiado, extraído del libro "MIR (una historia)", Santiago de Chile, 1990, Sociedad Editorial Trabajadores.*

<https://www.lahaine.org/mundo.php/chile-estrategia-mirista-de-1967>